

la expresión de nuestro espíritu: viven del esfuerzo moral del hombre, de su nobleza o de su majestad interior, crecen de la sustancia de su alma y se alimentan del resplandor de su inteligencia. El hombre puede decir que es leal a sí mismo cuando él tiene plena conciencia de su valor como una fuerza de mundo, como un ciudadano de su república.

Así resulta esta hora como algo íntimo nuestro. De este momento presente tenemos derecho a esperar una nueva forma ideal de la patria, así como tenemos derecho a esperar la revelación de una nueva conciencia de nuestra propia vida, tal vez despertar a la vida o a una forma más gloriosa de la vida. Aprovechemos esta hora para evocar lo que hay de mejor en nosotros, sea nuestra devoción artística, sea nuestro genio activo, sea nuestra vocación humilde, y hagamos de todo esto un nuevo espíritu nacional y tengamos así una patria no para vivir de egoísmos, no para sacrificarnos en aras de intereses falsos e infelices. Hagamos una patria para los ideales civilizadores de la tierra, para comprender y amar lo que todos los hombres hacen dignamente por el bien de la vida.

Delante de ustedes se habla de estas cosas con fe, con unción y hasta con valentía: ustedes son la vida de la república, la reserva de una nueva voluntad nacional: mientras la nación conserve juventudes propias, su nombre será siempre sagrado, su bandera venerada, su territorio asilo del hombre libre.

Elevemos nuestro corazón, valerosamente, como en un rito antiguo y terrible. Llenémonos de cierto solemne furor; sintámonos como poseídos por los dioses y juremos aquí, sobre la tierra palpitante de nuestra patria, que hemos venido a rendir un homenaje a los que siempre fueron fieles a la libertad costarricense; que hemos venido a protestar que respetaremos las instituciones de la república en cuanto ellas son la expresión justa de su virtud, y juremos que hemos de vivir siempre en nobleza de espíritu, dándole nuestra inteligencia y consagrando a ella una vida viril.

Limpiemos nuestro ánimo de odios —si los hubiere— y digamos solemnemente que queremos la libertad de nuestra vida individual como queremos la libertad de nuestra patria, la libertad de América y la libertad de todos los hombres.

Y que los dioses protejan nuestros designios en contra de todas aquellas fuerzas que quieran oponerse a la realización del anhelo que constituye el poder por excelencia de nuestra vida: ¡ser libres!

RÓMULO TOVAR

15 de Setiembre de 1920.

Las Revoluciones en Centro América

TOMÁS Estrada Palma, el primer Presidente de Cuba, vivió y contrajo matrimonio en Centro América. Conoció mucho estos países y estudió su historia y su política. Y, establecido después en New York, en vísperas de ir a la guerra de independencia de su patria, la Gran Antilla, escribió lo siguiente a propósito de las revueltas centroamericanas promovidas por los ambiciosos a la Presidencia de estos países:

«Aquellas pequeñas Repúblicas viven atormentadas desde su independencia, por la sed de mando de unos cuantos que se erigen por sí y ante sí en caudillos y gritan a los cuatro vientos palabras bulliciosas de libertad, para seducir a las masas y al favor de éstas satisfacer sus apetitos, entre los cuales, por lo regular, sobresale el insaciable de lucro y hacienda. Estos hombres han sido la causa del atraso en que vive Centro América y debemos los cubanos que ahora estamos empeñados en ir a la lucha por la independencia, extirpar de raíz el anhelo de caudillaje, porque es germen de males para toda nación que se rija por principios de honradez y patriotismo. Mi vida en Centro América me convenció de que allá las revoluciones son producto venenoso de la ambición personal de los hombres y que, con todo e invocar sacrosantos principios, encarna pasiones muy malas, deseos vituperables, odios criminales, de hermano contra hermanos, sed de riqueza, locura de mando, pretensiones de la soberbia y falsas promesas al pobre pueblo, víctima de todo eso, carne inocente sacrificada en la cureña de los cañones y al cual, después de engañarlo y seducirlo, al otro día se le condena al servicio de caudillos de una tiranía inaudita, que resulta copia exacta, cuando no aumentada horrosamente, de la otra tiranía a la cual se la pintó con los más exagerados colores para producir la cólera en el crédulo pueblo.

«El crimen mayor que puede cometerse en el seno de la paz por un ciudadano, es perturbarla sin causa noble cuya grandeza luminosa muestre que no es la ambición personal generadora del conflicto armado. Revolucionar, detener el curso legal de los acontecimientos públicos, hacer bochinchas, suscitar a la revuelta sólo por el capricho de un hombre o de unos hombres que desean encumbrarse sobre sus conciudadanos y adueñarse de las fuentes administrativas de un país para su propio provecho, es cosa destinada a la ruina de los pueblos; y a eso se

debe que en Centro América se haya vertido tanta sangre escandalosamente y tantas desgracias y tan nefandos despotismos se hayan entronizado en aquel hermoso suelo, produciendo su descrédito ante el mundo.

«Yo ví, yo conocí a gente revolucionaria en Centro América elevada a la riqueza, no por su honrado trabajo, no por su insospechable patriotismo, no por sus virtudes cívicas ni por ninguna de esas cualidades imprescindibles en todo buen ciudadano, sino por su audacia criminal, por su falsía para con el pueblo, por su cinismo, por sus prédicas falsas de patriotismo y libertad, por su vergüenza y, ¡dúeleme decirlo!, por la credulidad de las masas, a las cuales deslumbraron con mentidas promesas y pusieron a su servicio, dóciles y confiadas, pero que poco después se sintieron vilmente engañadas y víctimas de amo sin honor ni conciencia.

«Hay que pensar en eso, cubanos. El caudillaje ambicioso y falaz es la ruina de las Repúblicas. Aquel que en plena paz, cuando está produciendo la prosperidad y la riqueza y la cosa pública, va, mal que bien, encauzada por las leyes constitucionales que legalizan el poder público, se lanza a la revuelta y a la matanza guiado por su ambición, es un gran criminal. Cuando menos, es un loco, porque aún, dado el caso de un mal Gobierno, una revolución que no tiene MÁS BANDERA QUE LA AMBICIÓN A LA PRESIDENCIA, no se justifica de semejante suerte, sino que merece la reprobación de la sociedad, que se siente perturbada por malas pasiones, incapaces de labrar su fortuna y, capaces únicamente para desquiciarla, afligirla, empobrecerla y ensangrentarla sin que con eso se produzca avance alguno en los senderos de la evolución. Evolución y no revolución es la que yo siempre anhelo para Centro América en su vida política. La revolución producida por los sedientos de poder, ha hecho allá males sin cuento; y debemos los cubanos, al crear la República de Cuba, tener por lema estos preceptos: con la revolución promovida por los ambiciosos de mandar en el Estado para su personal engrandecimiento, se va al abismo; y con la evolución dentro de la paz y de las normas constitucionales, se va a la cumbre».

TOMÁS ESTRADA PALMA».

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.